

piscencias de la sociedad organizada, terminan cayendo ellos mismos en los reflejos de las debilidades y de las injusticias que reprochan a la sociedad adulta.

Permitidme, pues, terminar estas palabras subrayando que los jóvenes están de hecho innovando, efectivamente y en forma decisiva, dentro de unos sistemas educativos rígidos y frecuentemente pensados para unos tiempos bien distintos de los presentes. No es de extrañar que los viejos cauces no sirvan ya para dar curso a las nuevas corrientes. Esas corrientes, a veces violentas, que producen alarma y dejan su huella, han de fructificar si llegamos todos a comprender el potencial inmenso de bienes que puedan derramar sobre la sociedad las aportaciones de la juventud y a poco que las generaciones más adultas seamos capaces de renovarnos y de ganar la confianza de los jóvenes a quienes deseamos y debemos ayudar a realizar su destino.

LA POESIA COMO INTUICION Y CONOCIMIENTO

LOPE DE VEGA Y LOS REFLEJOS CONDICIONADOS (*)

Por R. J. LAURENZA

No es cosa de todos los días el que una obra de teatro —y del teatro del siglo XVII, por añadidura!— sirva a los hombres de ciencia como tema de disertaciones científicas en el campo de los mecanismos fisiológicos. Sin embargo, este es el caso del profesor Jaime H. Arjona, de la Universidad de Conecticut, en los Estados Unidos, quien ha llamado la atención del público sobre una obra de Lope de Vega, «El Capellán de la Virgen», en la que aparece el primer caso de reflejos condicionados que registra la literatura mundial.

La curiosa noticia ha sido recogida por importantes revistas como, por ejemplo, «The American Psychologist», pues no se trata de que Lope de Vega hiciera una ligera alusión fortuita al hecho de las reacciones automáticas del sistema nervioso, sino de un episodio concreto, que relata detalladamente un caso típico de respuesta a un estímulo previa y cuidadosamente establecido y en el cual el gran poeta español se adelanta —a más de trescientos años de distancia— a las investigaciones y hallazgos de nuestro tiempo.

El teatro, desde la gran tragedia clásica hasta la comedia de costumbres, ha ofrecido siempre a la ciencia médica el caudal inagotable de sus personajes como material para el estudio del hombre. Pero en lo general se trata de las pasiones, de las grandes fuerzas del alma —orgullo de Coriolano, envidia de Yago, incertidumbre de Hamlet, voluntad de conocimiento de Fausto, avaricia de Harpagón, etc.— y de toda la galería de arquetipos humanos en los cuales la ciencia encuentra puestos de relieve por el arte, los resortes que mueven a la humanidad.

Pero raras veces acontece que el teatro o la literatura ofrezcan casos concretos en los que no sólo se presenta un hecho psicológico, sino que también se ofrece su explicación razonada y se presenta el mecanismo del fenómeno, como es el caso de Lope de Vega.

(*) Publicado en «Perspectivas de la UNESCO», núm. 569. Febrero (II), 1970.

La comedia famosa de «El Capellán de la Virgen, San Ildefonso», como su autor la llama, fue escrita por Lope de Vega entre 1619 y 1622, y publicada en 1623 en la décimoctava parte de sus Comedias. Como se sabe, la obra relata algunos episodios del Santo que el mundo católico, y especialmente el español, celebra, entre otras cosas, por su devoción a la Virgen y por sus altas dotes de teólogo. Lope de Vega se permite ciertas libertades cronológicas, pero la obra contiene pasajes de gran belleza literaria, incluso algunos de los mejores sonetos y canciones del poeta. En el curso de la trama vemos a San Ildefonso aún estudiante, y más tarde, ya Arzobispo de Toledo, admirado y honrado por sus virtudes.

San Ildefonso, desde su época de estudiante, vive en compañía de un personaje, Mendo, que le sirve de criado y compañero, pero cuya naturaleza le inclina poco a las cosas de la religión y a la vida ascética de su señor y amigo. Mendo estaría mejor al servicio del mosquetero D'Artagnan o en el de un personaje de Beaumarchais, ocupado en cosas mundanas y al lado de una mesa bien provista. Cuando San Ildefonso va a Toledo como Arzobispo, Mendo entra en un convento para estar cerca del Santo, pero allí su poco amor al trabajo y su falta de seriedad le ganan castigos y penitencias sin cuento hasta que, al fin, decide volver al aire libre del mundo.

En la escena segunda del acto III, precisamente, Mendo cuenta a su madre sus experiencias del convento y le dice que San Ildefonso le castigaba ordenándole a veces comer en el suelo, junto a unos gatos famélicos que le disputaban su magra ración de alimentos. Cada comida se convertía en un combate contra los gatos, que acudían de todos los rincones del convento, uñas y colmillos afilados por el hambre. Pero como todo mal suele tener su remedio, Mendo decidió capturarlos y encerrarlos en un saco para darles una lección ejemplar. Una vez que los gatos quedaban prisioneros, tosió varias veces y acto seguido dejó caer sobre los animalillos una lluvia de palos, tosiendo siempre entre golpe y golpe. El singular castigo fue repetido varias veces, y en cada ocasión la tos acompañaba la tanda de palos. Al cabo de algunos días Mendo pudo comer en paz, porque en cuanto tosía los gatos salían disparados en fuga, dando maullidos de dolor como si efectivamente cayeran sobre sus lomos los golpes que la tos anunciaba.

Veamos el texto. Habla Mendo con su madre:

«... ¿Cómo piensas, madre mía,
que a los gatos castigué
y mis comidas gocé
cuando en el suelo comía?

... ..

Metílos en un costal
por engaño, y a un portal
los llevé una noche a oscuras.
No hacía más que toser
y a palos los deshacía;
gruñían que parecía
órgano de Lucifer.
Dejábalos descansar,
y luego otra vez tosía
con que a pegarlos volvía,
hasta que vi que, sin dar,
sólo con verme toser
gruñían...
y en tosiendo no había gato
que no tomase la puerta...»

Tres siglos más tarde, en su laboratorio de Leningrado, el fisiólogo ruso Ivan Petrovich Pavlov llevará a cabo la serie de extraordinarios experimentos sobre el mecanismo de los reflejos condicionados que han abierto nuevos caminos a la investigación endocrinológica y a los estudios sobre la psicología de la conducta.

Y así tenemos que, en la larga historia del estudio de los reflejos automáticos, al lado de Pavlov y de otros ilustres hombres de ciencia corresponde un lugar de relieve al gran poeta español, como apunta el profesor Arjona en su noticia. Y podría tal vez sorprender el extraordinario poder de observación que representa el caso de «El Capellán de la Virgen» si no supiéramos, desde la antigüedad clásica, que la poesía es una forma misteriosa y penetrante del conocimiento.

educación

